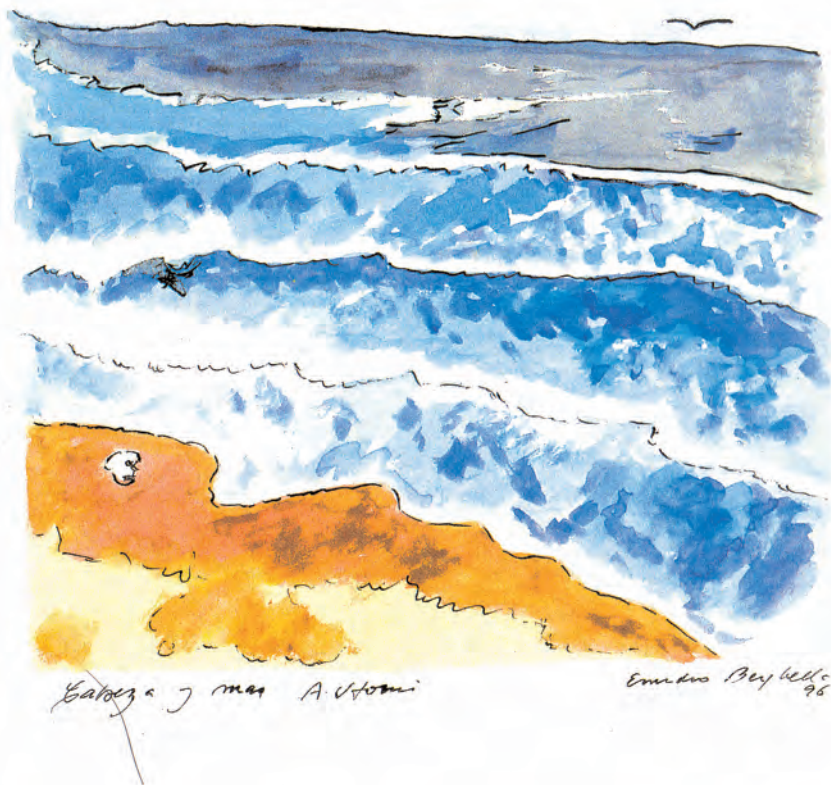


PALABRAS M A S

revista literaria / junio 2019 / año 24 n° 5 / publicación de la subsecretaría de cultura a.m.r.

PALABRAS MENOS



Gabeza y mar A. Homi

Emilia Bayle 96



“PALABRAS MAS, PALABRAS MENOS”.

Revista Literaria de la Comisión de Cultura de AMR. - AÑO 2019.

Ilustración tapa:

Cabeza y mar. Alfonsina Storni. Técnica Acuarela. Emidio Berghella.

Ilustración retirada de tapa:

Autorretrato Barroco. Alfonsina Storni. Técnica Acuarela. Emidio Berghella.

Ilustración contratapa:

Interior Contratapa: Ecuación. Alfonsina Storni. Técnica Tinta sobre lona vinílica.
Emidio Berghella

Subsecretario:

Dr. Mario Braun

Integrantes:

Dra. Alicia Buttarro
Dr. Emidio Berghella
Dr. Jorge Marcipar
Dr. Edgardo Reyt
Alfredo Scaglia

editorial

Otra vez Argentina es sede del Congreso de la Lengua (por segunda vez, como sabemos la primera fue en nuestra ciudad). Pienso cuán importante es haber nacido en una tierra de lengua hispana y por ello me siento agradecido.

Más de 500 millones de personas diseminadas por el mundo, hablan este idioma, tan rico en todas sus posibilidades, que nos permite comunicarnos para interpretar, conocer, informar, converger, aceptar, querernos y amarnos.

Esta es la lengua en que tantos escritores, que lograron listas interminables de premios, plasmaron en infinitos libros a partir de los cuales el mundo entero reconoce la riqueza del español. A mi juicio, la belleza de dos de los mejores textos, *El quijote* y *el Martín Fierro*, corre a la par junto a los más grandes escritos de todos los tiempos.

Voces hispanas levantadas en cada rincón del globo, a través de textos, músicas, proclamas, denuncias, manifiestos, adquieren una relevancia reconocida en todo el orbe.

Nuestro idioma es amplio y flexible y suma voces nuevas apropiándose las mediante distintos mecanismos morfológicos y semánticos, ya sea –por ejemplo– adoptando metáforas, modismos, o agregando sufijos españoles a palabras extranjeras, hechos que sin duda enriquecen el léxico cotidiano de cada país.

Desde los tiempos remotos nuestra lengua sigue creciendo cada día y en tiempos venideros, seguro estoy de que persistirá con toda la fuerza y el carácter por ser una de las voces más bellas del universo.

Juana de Ibarbourou nos dejó este sentido convencimiento:

“Lengua de toda mi habla de plata y cristal

Ardiente como una llama

viva cual un manantial”.

Rosario, junio de 2019

Dr. Mario Braun

Subsec. de Cultura A.M.R.

Índice

PAG.	AUTOR	
6	Aguado Silvio	1760
7		Despedida
8	Bloch Martina Pitu	El mensaje de ramitas
9	Bravi Diana Luz	Vereda infinita
10		Concierto
11	Costa Agustina	Corazón de guerra
12		Séptimo
13	Farah Liliana	Desvanecer de un pasado
14		La paz amada
15	Fischer Mónica Andrea	Anteojos nuevos
16		Legado
17	Franco Adela Isabel	Recorrido I
18		Corazón
19	Frattoni Romano Egle y Andrés Gutiérrez	Los vivos y los muertos
21	Gil Ada	La mirada perdida
23	Grasso Néstor José	De soledades compartidas
24		Ella
25	Kliforwie Margot	Titán
31	Latorre María del Carmen	Encuentro de otoño
33		Mar de palabras
34	Lemme Guillermo Javier	Palabras
35		Cráteres marinos
36	López Ramón Belén	Hay tantas cosas por hacer

índice

PAG.	AUTOR	
38	Majlin Tamar	Antes que...
39	Maragliano Mónica	Retrato de una larga espera
40	Marcipar Jorge A.	Reflexiones al celebrar 50 años de graduado en Medicina
43	Mendicino Rosi	El Grito
46	Mitre Graciela	Sin remedio
48	Nardi Gladis	Juventud
49		El deseo
51	Negro Melina V.	Te recuerdo, somos efímeros, la vida misma lo es
53	Pardal María Antonieta	Cambiá de gallo
55	Peralta Ricardo Luis	Enigma
57	Pereyra Marcos J.	Aferrate a tus sueños
58	Preiti Mónica	Río marrón
59		Tiempo de balcón
60	Raimundi Edelma Luján	Camino a la razón
61		Abandono
62	Reyt Edgardo V.	Cosme, el jorobado
65	Rizzuto María Graciela	Claros y oscuros de un amor
67	Samperi Cintia L.	Claustrofobia
70		Relato corto
71	Sánchez Roberto	Encuentro callejero II
73	Sarobe Cecilia	A puntillas...
74	Velázquez María Alcira	La cuidadora
76	Ventura Enzo	Pura ficción

1760

1760 milímetros es la medida que me aleja del suelo
Con el tiempo perdí muelas, pelo, visión, audición y hasta erecciones
Con mi tiempo gané experiencia, paciencia, sabiduría
Y llamados de teléfono que me quieren cobrar lo que debo
1760 milímetros me separan del piso
Y muchas veces bajé la cabeza y la mirada buscando un infinito en mis pies
Pero nunca mis brazos apuntaron a la tierra
De rodillas estuve, sí, pero sólo ante el Creador
El dolor me enseñó, aunque duele aprender así
Las alegrías y el amor fueron ese combustible
Que necesité cada día para poder transitar mi vida
En fin, 1760 milímetros son los que me apartan de una posición horizontal
En que nunca más me pondré de pie
Esperando que los centímetros que me sobren de esa envoltura de madera
Puedan rellenarse de tul
Y que con mi boca pegada y mi cuerpo rígido
Estos 1760 milímetros
Sean rescatados por esa creencia que tuve
De que Dios me lleve a su lado, sin importarle mis medidas.

Silvio Aguado

Despedida

Es un día abierto, y yo me cierro en mis encierros
Hay niños sonriendo, fuerte, como festejando no sé qué ...
Las aves cantan al sol, bajo la tupida arboleda de los llorones
Algún perro torea a la lejanía o mueve la cola
Yo lloro y la vida sigue
Me duele el pecho, se me abre el corazón y me cala hondo
Y duele, duele el llanto que sale desde lo profundo
Hago una mueca para desviar lo salado de mis lágrimas y que no lleguen a
mi boca
Pañuelos, abrazos, palabras, café
Es en el día largo
En ese campo donde los recuerdos florecen como cruces
Pasan años en segundos al costado de un cajón lustrado para la ocasión
Mi cabeza agachada o simplemente parado como granadero
Acaricio la frente o las manos de quien fue en vida
Y duele y duele
Ya la muerte saltó el enrejado
Usurpó una vida más
Se va satisfecha, hizo su tarea
Y yo, yo buscaré en mi decir
O en el sentir del corazón mi consuelo
Y allí poder saludarlo
Hasta pronto
Nos veremos ...
Y duele y duele.

En recuerdo de Manuel Orlando Aguado (Mi viejo)

Silvio Aguado

El mensaje de ramitas

Desde las alturas, nubosidad

Desde la tierra, aire puro

Un arcoíris conecta estados de ánimo subterráneos como mensajero luminoso:

el abrazo de colores.

Abro un ojo, verde paisaje, olor a bosque cercano

Así te recuerdo cuando tener ambos abiertos me cuesta tanto

Como imaginar el cielo pintado de tus trazos

Entonces, abro uno solo

Traigo ese aroma a césped salvaje, a aventuras entre tractores, calidez de atardeceres de otoño

Así me repongo y recibo tu mensaje

Miro lejos y vuelvo a esa caminata.

Hubo una vez un bosque ceniciento, seco y espinoso

Del que me escapé tiempo atrás

Hacia un claro sin niebla y sin ruidos

Creí que con la calma ya estaba en la serenidad

Y de pronto

Conozco un mundo verde, vivo, húmedo, que lentamente florece

Es el mundo que coloreáis vos con tus regaderas de mensajes y tu perfume a domingo soleado

Con tus manos llenas de acrílicos y crayones me rodeáis

Primero de modo invisible y luego con tu calor

Me sacáis del claro y me lleváis al jardín boscoso y abrigado

Corrés la neblina y develás el arcoíris

Y con tu sonrisa dejás entrar el amanecer como una brisa de acuarelas.

Martina Pitu Bloch

Vereda infinita

El viento empuja,
la línea de una lágrima

Su mirada breve
vacía mis pasos
y una sed de olvido
confunde la boca
cuando le entrego
la llave tibia,
de la casa nuestra

en la vereda infinita
las piedras ignoran
la prisa del crepúsculo

Diana Luz Bravi

Concierto

mi butaca
como un nido
la música es abrigo
luminoso que aleja
la desesperanza

blanco abrazo, despliega
mil caminos
circunda la piel,
 elige el pecho

La congoja
huye avergonzada
del renacimiento

Duraznos los ojos
de una noche verdadera

Diana Luz Bravi

Corazón de guerra

es en medio de un silencio sepulcral,
que nacen verdugos los corazones,
insaciables y tormentosos
en el seno de la guerra.

con garras
dientes afilados,
entre saltos suicidas
llenos de esperanza,
colmados
en deseos nefastos,
obscenos y
oscuros...

Agustina Costa

Séptimo

Éramos hermanos,
todos
hijos del amor
concebidos en la gloria.

Hijos del alcohol,
el tabaco y la mala vida.

¡Hijos de un amor desdichado!
Todos hermanos,
algunos hijos de puta
y otros...
del olvido.

Agustina Costa

Desvanecer de un pasado

He dejado oculto mi pasado, lo he sentenciado.
Los recuerdos predicen, que se han esfumado.
¡Qué triste ironía al quebrantar mi postura,
abrazando una herida, confisque mi ternura!

Resacas de amor, que él allí entierra,
lágrimas secas se esparcen en la tierra,
sembrado de espinas brotan en mi pecho,
violando a mi corazón ya casi deshecho.

Ahora estoy dormida, no pienso, ni siento,
y mi mente está vacía, no hay más sufrimientos.
¿Qué me estará sucediendo, que estoy sin aliento?
¿Me encuentro dormida? O ¿Quizás habré muerto?

Liliana Farah

La paz amada

Aladas palabras,
aclaman la calma,
para abrazar la amada Paz,
al acallar las armas,
las balas, la matanza.
Claman al alba
Campanadas amarradas
a un asta blanca.

La Paz... palabra sagrada
cubierta de llantos,
confines de otoños
que nunca llegaron.
Perfume de glicinas
en un patio poblado
pleno de recuerdos
por tantas tristezas
que allí albergaron.
Eran mis abuelos
esos emigrantes
que allí se sentaron,
derramando lágrimas
bajo un cielo nublado.
Su hogar y sus tierras
todo, habían dejado
al verse un día
con la mirada errante
en medio de una guerra
que nunca anhelaron.

Liliana Farah

Anteojos nuevos

“Son para verte mejor...”, respondió el lobo cuando la curiosa Caperucita le preguntó por sus enormes ojos. Hoy entendemos que el tamaño no tiene nada que ver con la buena visión, al menos entre los seres humanos, y muchas veces nos vemos forzados a utilizar lentes para compensar ciertos defectos en la vista.

En muchas ocasiones miramos la vida a través del filtro de nuestras experiencias, nuestras ideas y nuestras percepciones. No podemos enfocarnos en lo que realmente vale la pena porque en nuestra abstracción tendemos a ver todo de manera negativa, dejamos de disfrutar encontrando siempre el pelo en la leche, nos perdemos de esos buenos momentos que nos ofrece a diario la vida, llenándonos de angustia y desazón.

Otras veces caemos en el truco binocular y magnificamos o minimizamos cada cosa de manera desproporcionada. Cada palabra, cada gesto y cada yerro constituyen una terrible tragedia que arruina nuestro día, nuestro futuro y hasta nuestra vida; y como así vemos y así sentimos nos convencemos de que todos miran igual, nos llenamos de culpas y remordimientos cuando las cosas nos salen mal.

Ninguno de nosotros puede jactarse de tener la mirada perfecta, pero cuando el trastorno es importante la visión se hace borrosa y los objetos se ven distorsionados. Podemos escribir todo un mundo de conjeturas, sacar conclusiones apresuradas y hasta juzgar. Estas afecciones, como tantas otras, suelen ser en un principio asintomáticas, agravándose poco a poco con el paso del tiempo y las circunstancias.

En estos casos siempre es recomendable recurrir a un especialista que diagnostique nuestro problema para ayudarnos a ver con mayor claridad. Seguramente al comienzo el cambio resultará un tanto incómodo, sin embargo lentamente nos iremos acostumbrando y será muy beneficioso ver con mayor precisión. Así que no temas acudir a quien puede darte una mano en esto de observarte y observar, de cuestionar y replantear; sin dudas la vida se verá muy distinta a través de tus anteojos nuevos.

Mónica Andrea Fischer

Legado

"A los hijos hay que dejarles dos legados: raíces y alas"
Miguel de Unamuno

Noches de desvelos, días sin descanso... Vida de mis padres y hoy también la mía. Vivir por los otros, luchar por sus sueños, correrte de la escena y relegar los propios. Una cuota absurda envuelve este ciclo, ayer por mí lo hicieron y hoy por ellos hago.

Un nuevo ser cobijan mis brazos, frágil e indefenso, una hoja en blanco. Propósito divino sobre su cabeza, muchos son los planes, pocas las certezas. ¿Crecerá sano y fuerte? ¿Será dócil y obediente? Pensamos en el futuro, vivimos en el presente.

Una mañana soleada su espalda comienza a frotar. Algo molesta, algo crece, son sus alas. El corazón se estremece y hay que soltar la mano. Un guardapolvo a cuadritos y una pequeña mochila. Una sonrisa camufla las lágrimas y un largo suspiro paraliza un instante el corazón.

¿Quién soy? ¿Para qué vivo? La pertenencia y la identidad. Desde la cuna se tejen valores, olorcito rico a familia, permisos y restringidos, límites y responsabilidad, porque las alas crecen y hay que enseñar a volar. Días de charlas, noches de juegos, risas y enojos, alborotadas quieren ir a otros cielos y es necesario aprender a esperar.

Cambios, progresos, los años pasan. Las manos tiernas que cabían entre las mías hoy me abrazan, ya se cuelgan de mi cuello y no sé quién arrulla a quién. Mis fuerzas menguan, crecen las tuyas. Te veo entre el cielo y la tierra, un avión listo por despegar.

Noches de desvelos, días sin descanso... Vida de mis padres y hoy también la mía. Repetirás también estas palabras algún día. Solo un punto en el tejido de la historia, una pincelada en el cuadro de la humanidad. Saber por qué estoy, de dónde soy y por quién vivo, contribuir en la historia universal.

Mónica Andrea Fischer

Recorrido I

Silueta de un pescador detenido entre islotes y aguas. Un perro corre libre, abajo, en el islote vecino. Yangtsé camina siguiendo mi paso, sujeta con pechera y correa. La brisa fresca comparte el despertar con el sol que se regala en noviembre. Parece que la lluvia limpió el paisaje abajo, arriba y en el medio. Cuatro siluetas de grandes barcos se agrisan y empequeñecen en la curvatura del horizonte. La fábrica con más de medio siglo se azula cabizbaja y escupe otra bocanada de humo en su mortal existencia. Un perro malo-liente nos ha seguido. Busca nuestra amistad. Nos acompaña paciente.

Sola, arriba de la barranca, el sol me abraza, los trinos me miman, la brisa se aquieta, las hojas tintinean en un aparente agradecimiento. Un reflejo solar cruza las aguas. El cielo casi perfecto en su desnudez matinal nos cubre.

Una moto inmensa irrumpe por donde no debe. Nos preparamos para irnos y abandonar la vista de ciento ochenta grados, irrepetible.

Yangtsé se calma. Algo raro... Partimos.

Adela Isabel Franco

Corazón

Llueve, corazón
mi alma llora
llovizna en mis ojos
resbala mi espíritu en la tristeza
llueve, corazón
esperanza en la lejanía
ella me moja

me empapa
me absorbe

y la congoja me borra
en la lluvia sobre las calles
y mis trozos navegan
por las alcantarillas,
escurriéndose por sendas secretas
son escupidos al afluyente
y allí finaliza la vida, corazón.

Adela Isabel Franco

Los vivos y los muertos

Los cumpleaños en Georgia eran pura alegría. Los tíos y primos de Hubert estaban ahí, toda la familia estaba presente. En Florida, luego de trasladarse, sólo eran sus padres y hermanos, aun así era una celebración memorable para la que siempre contaba los días. Todo cambió para siempre en 1934, cuando pasó los días siguientes llorando sobre la tumba de su hermano Thomas.

Hubert tenía 16 años y se encontraba en la Escuela Industrial para Varones de Florida, un reformatorio que en realidad parecía más una prisión, porque funcionaba como una. Thomas acababa de morir a causa de neumonía. Siempre andaban juntos, aunque Thomas era tres años más joven. El Yellow Jacket, el periódico de la escuela, declaraba que el difunto era un chico que arrastraba una condición de frágil salud y que toda la escuela lamentó su pérdida en un concurrido funeral al que asistieron los administradores del instituto y muchos estudiantes. Hubert sabía que nada de eso era cierto. Thomas nunca se enfermaba. Y el funeral no había tenido lugar. A Hubert lo despertaron para comunicarle que habían enterrado a su hermano, ni siquiera había podido ver el cuerpo. Y eso había sido todo.

Ahora se encontraba sentado en la tierra, en el lugar donde le habían indicado que Thomas descansaba. Ninguna cruz, ni una piedra, nada marcaba el lugar de la sepultura. La tierra recientemente removida era la única señal evidente. A su lado se encontraba un niño moreno, que no superaba los 12 años, sentado de igual manera.

El niño respetó el silencio del duelo, hasta que decidió que era momento de ofrecer consuelo.

– Él estaba muy enfermo. Ahora no lo está.

– Lo sé –respondió Hubert con la voz quebrada, secándose la huella fresca de una lágrima con el dorso de la mano.

Los dos varones continuaron en silencio unos minutos. A su alrededor, los árboles del bosque se agitaban produciendo un sonido que confería cierta solemnidad.

(.....)

Hubert no tenía ninguna aprensión para con el chico moreno. Su presencia había sido reconfortante. Más que la de ninguna otra persona. Hubert se giró y miró de reojo al hombre que lo vigilaba, de pie, a unos cuantos metros detrás. Tenía un solo brazo y un rifle de caza a la cintura. Lo esperaba para conducirlo de nuevo al campus.

Hubiera preferido quedarse solo en compañía del niño. En la Escuela Industrial para Varones de Florida, los vivos lo asustaban más que los muertos.

Egle Frattoni Romano y Andrés Gutiérrez

La mirada perdida

*Si llevas la infancia contigo, nunca envejecerás.
Tom Stoppard*

Apoyo mi mejilla
en el humedecido ventanal.
Una llovizna colérica
nubla mi mirada perdida.
Enredados recuerdos
se agolpan en mi mente.
Una niña corre.
Moños en trenzas
aletean al viento.
La casona abrigada de magia
para comenzar el día.
Fragancias sin olvido.
Olores caseros,
pan recién horneado, sopa de mandioca
crepitar de papas, batido de huevos.
Aroma y música hogareña
desde muy temprano.
El canario ambarino gorjea
en su jaula sin candado.
Entra y sale, sale y entra,
su libertad lo hace feliz.
El patio inmenso florecido
de malvones escarlatas.
Mi vida..., siempre un juego,
jugar sin cansancio,
jugar y jugar.
Figuritas brillantinas,
muñecas, trompo, rayuela.

Correr agitada a buscar
a los amigos en la esquina.
Timbrar y salir corriendo,
llorar de la risa.
También estar triste sin razón
en las noches de luna llena.
Todo era emoción y ensueño.
Las voces del barrio daban
brillo a las fiestas.
Vecinos solidarios a nuestro lado
en cada momento amargo.
Firmes, sin hacer preguntas,
Templar el dolor, el desgarró.
Ecos profundos tintinean en mis oídos.
Señales con genitas
grabadas con rotunda pertenencia.
Yo siempre mariposa
para volar en libertad.
Buscar los huevos de gallinas
en el hueco del ciruelo cárdeno,
o a los pies de la higuera arrugada.
Mi atalaya palmaria. Desde allí,
el mundo fue pura fantasía.

Ada Gil

De soledades compartidas

Estamos solos en el túnel
destemplado del tiempo

los grillos y mis ansias
al borde de la noche
contemplan las
viejas grullas
del verano

Mis ansias
y los grillos
despabilados
anuncian el blanco
y respetuoso silencio de la luna

Nadie camina en la creciente soledad de la noche.

Néstor José Grasso

Ella

Ella muerde el dolor
de la llanura. Hasta quitarle
a la hierba su amargura.

Ella trepa las noches
de sus días. Hasta poblar
de pureza su osadía.

Ella deshoja los
muros del silencio. Hasta trenzar
sus palabras al aliento.

Néstor José Grasso

Titán

La fecha llegó.

Estoy en una habitación de cuatro por cuatro por cuatro metros. Todo es cuadrado al igual que las cartas. De un material especial, finas y plastificadas. Los bordes cortan la piel, se recomienda prudencia. Hay una puerta que lleva a una pequeña galería, donde hay montañas de cartas, una escalera, agua, y gente... mirando. Todo está iluminado artificialmente, no hay ventanas al exterior.

La base deberá estar perfecta. Es el primer paso, y el más importante. Quedará espacio sólo a los lados para transitar.

Un técnico está parado en un extremo con una carpeta en la mano.

¿Cuántas veces hice esto?, incontables.

¿Y con mi hija, cuántas?, desde que aprendió a caminar.

Hoy estoy solo.

Cada carta es el máximo desafío. Es necesario observarla. Cualquier desnivel, cualquier inclinación mal usada tirará todo al suelo. Y a empezar otra vez.

Sólo tengo una hora. Un gran reloj marca los segundos con ruido intenso. No se va de mis oídos, me persigue.

Me coloco en la primer esquina, mentalmente dibujo el diseño de colores que aparecerá al terminar la base, entre el naranja y el amarillo. Hay otras en verdes, violetas, azules y rojas. Pocas de color negro y sólo una blanca. Hay diez varillas que pueden usarse de sostén, muy livianas, un aluminio especial.

La energía, personal y del grupo que se apiña al mirarme, es enorme. Si alguna es negativa, una carta o dos caerán...

Diestramente miro y acomodo, miro y acomodo. Los primeros techos, los de la base, se hacen con cartas que tienen ganchos en sus extremos, tendrán que resistir todo el edificio. Son de primer nivel, eficaces.

Termino la base, correctamente ubicada.

Los presentes aplauden con los dedos, el ruido está prohibido.

Estoy a punto de decirles que no me distraigan... respiro y me concentro.

Pienso en mi hija, en su habilidad natural, que acomoda y mide y toca con una velocidad envidiable. Sus dedos son sus ojos. Y son sedosos. Y ligeros como el polen que fluye. Hace maravilla con ellos, los ves pero no los ves. Ella primero reconoce con los dedos (sus ojos), después mide, luego vislumbra la función de la cosa tocada, y al final la aplica debidamente.

Ahora tiene diez años.

Quizás si la hubiese inscripto... no, no la hubiesen aceptado.

Sigo con mis manos malabaristas. Soy un ingeniero del azar. Si algo se cruza en el camino ya no habrá castillo. Hasta un cabello desarmaría el equilibrio. Un ruido también, los pisos vibran. Las paredes están preparadas para evitar esto.

Me ubico ahora en el polo opuesto al primer ángulo. Para saber con certeza sobre las rectas de cada lado me acuesto en el piso y observo. Un ojo entrenado mide como un instrumento de medición. Hay otros a mi alcance, pocas veces los utilizo. Confío en mis ojos.

Hasta mi hija confía en sus ojos...

Debo concentrarme.

Hay un desnivel en la recta que da a la galería. La gente empuja hasta la destrucción.

Hay mucho dinero en juego.

Algunos van caminando por la galería de habitación en habitación, revisando los logros de cada participante, llevan calzado reglamentario. Refunfuñan cuando les va bien a los demás, seguramente tienen algún familiar haciendo lo mismo que yo.

Hace seis años fui el campeón mundial. Estoy en el Guinness. Intento superar mi marca, de dos metros y medio de alto. La base siempre es de 3,5 m por 3,5 m. Hay pinzas para colocar las cartas del centro, son de extrema utilidad, aunque te roban tiempo al tener que manipularlas despacio.

Cada dos años uno se presenta. Uno discute consigo, y se disputa el premio.

En cada carta que miro veo el rostro de mi hija sonriéndome, sacando sus manitos buscando mi cabeza para arrebujarme los cabellos, son rulitos pequeños que ella llama "cabeza de plato de uvas". No debo llorar... me impongo.

Tomo una aguja larga y corrijo una inclinación que no me gusta, virará el equilibrio hacia la derecha y arrastrará la hilera de cartas en la misma línea que repercutirá en la inmediata de abajo.

¡No debo perder este dinero!, me estimulo, me advierto.

Salvo aquel campeonato que fue mío, y mío el dinero, las ganancias, el dinero, tienen alas que vuelan siempre hacia puertos lejanos a mí.

¡Esta vez no!, me aterro.

Es para ella. Ya, casi, es demasiado tarde.

Me prometí no llorar. Recuerdo bien lo que pasó en el campeonato anterior. Comencé a pensar en ella, en lo que debía estar sufriendo, y mis lágrimas se separaron de mí cayendo sobre una de las cartas, que movió a la del lado y... así derribando la edificación, quince minutos antes del final del juego. Llorar aclara la mirada. No la física, la otra.

Ahora la necesito oscura.

Hace años que lloro, ya son sentimientos de profundo arraigo. Esta vez deberé ser de acero, nada sale de un robot.

El último médico donde llevé a mi niña no me gustó. Donde vivíamos era el único, no podía privarme de elegirlo. ¡Cuánta miseria humana encontré en esta búsqueda desesperada! La miseria crece con uno. De niño es pequeña, de adulto, grande. Salvo que haya carácter para frenarla. Para mi sorpresa apareció un hombre. Un médico de la estatura. Con altura mayor al promedio.

Y como todo asciende a la cama, recostado, medité.

Y como en la cama todo enciende la calma, me sentí aliviado.

Ese médico la operará. El problema es el costo. Monetario, digo.

Estoy luchando contra monstruos: la idea de la ceguera permanente en mi hija, el esfuerzo por conseguir el dinero, las magulladuras por encontrar el médico adecuado y la lucha contra el sistema, impío y perverso. Soy para ellos un insecto que regocijarán sus patas cuando me aplasten.

Una mujer mira desde la galería, tiene el ceño arrugado. Su mirada es un cartucho de dinamita encendido sobre la estructura de mi edificio.

Tengo que soslayarla, no debo distraerme.

Estoy sobre la escalera junto a uno de los lados. Las pinzas están extendidas, y los hilos en los extremos son mis armas. La carta es una marioneta

obediente a las instrucciones de mis manos. Lentamente jadea antes de quedarse quieta, posa sus pies con una suavidad de algodón, se bambolea y se apoya sobre la espalda de su compañera con tal amor que no la despierte de su profundo sueño. Recién descansa ella. Retiro el instrumental como un cirujano, para entrar en otra fase del proceso.

Cirujano... pienso. Otra vez mi hija entra en el juego. Me lo tengo prohibido.

El espacio donde debo colocar la siguiente carta es levemente más pequeño que los otros. Miro una, no sirve. Reviso entre la pila y la veo en el fondo. La ubico en las pinzas. Extiendo los brazos, los míos y los del instrumento. En el extremo la carta tiembla, es más chica, con menos experiencia.

Todos están mirando esa carta, incluyéndome. Si lo consigo, terminaré los 2,40 m, cerca de mi marca anterior. El silencio se posa en el aire, desde allí observa.

Selecciono las cartas para el próximo nivel. Mido, ajusto visualmente. Sobre la marcha puede aparecer algún cambio. El equilibrio tiene sus mañas, como cualquier anciano.

Avanzo lentamente. Respiro a medias.

Me ubico en otra posición, corro la escalera. La visión cambia. Estoy como un planeta haciendo los movimientos necesarios para continuar dentro de un sistema solar cuadrado. La luz también cambia, y mis ojos deben adaptarse.

¡Pongo el ojo donde pondré la bala!, ratifico. Me columpio un poco. Un error de cálculo visual y me iré al infierno. Querré morir, con certeza. Los ojos son el centro de mi vida. Los míos, y más, los de mi hija.

Todo va en cámara lenta. Es una película de ciencia ficción...de terror...

Cambio la escalera de lugar. Bebo un poco de agua y sigo.

El centro lo es todo. El centro del edificio, el más lejano a mí, donde intervienen la escalera y el instrumento, debilitan mis fuerzas. Las partes externas, más fáciles, me hacen ganar tiempo.

El centro. Del juego, de mi vida, de los ojos de mi hija, de los míos, de todos los que miran.

Hay cierta tensión en el aire, la respiro y transpiro.

Es la última carta que mi marca anterior señala. No se puede aplaudir, todos sonríen. Todos menos la mujer del ceño arrugado que se va.

Mejor, pienso.

Cambio de nuevo la escalera. Vuelvo a medir, examinar los espacios, las inclinaciones, los desniveles, los pozos indeseados...

Elijo las cartas posibles.

Es la máxima presión, la máxima tensión. Bebo agua.

Subo con el instrumento y la primera carta. La paciencia me precede, le agradezco que esté de mi lado. Sonríe.

Ahora mis manos tienen prisa, las calmo. Deben estar relajadas, o todos veremos la demolición.

Respiro varias veces, medito, casi.

Va la carta con precisión, conoce el lugar, lo ocupa.

Acomodo la línea media radial, luego en ángulos rectos los otros tres lados. La escalera está mareada de tanto dar vueltas. Los espacios libres ya no requieren del instrumento. Voy moviéndome, con la escalera que me sigue como un perro fiel.

Lleno, con dulzura, cada espacio. Cada espacio llenado me acerca a la alegría de mi hija diciéndome “papá, veo tus rulos, tu plato de uvas sobre la cabeza”. Una lágrima intenta salir, la sepulto en su origen.

Respiro.

Tres lados concluidos. El cuarto es el más difícil. Está vedado sacar fotos. Alguien lo hace y el técnico sale a la galería. En voz baja amonesta a la mujer del ceño arrugado, que se va. El hombre con la planilla regresa.

Aún no me recupero. Respiro profundo con los ojos cerrados, todo debe ser delicado, hasta los pensamientos.

Elijo más que las cartas. Miro, mido, acomodo tres más con extremo cuidado.

Sigo. No hay tiempo. No quiero mirar el reloj, sólo lo escucho.

Otras dos se echan a dormir en sus camas. Y otra.

Y la última de ese nivel está en mis manos, esperando.

Respiro. Coloco la carta como si no estuviese, como si yo no estuviese, fantasmales ambos. Vibra un extremo como queriendo escapar.

Me tenso, estoy al borde...tiemblo.

Y la carta decide aplacar sus ganas de ir a jugar a otro lado.

Respiro.

Río por todos lados. El terror suelta sus tenazas de mi cuello. Me complazco. El técnico anota en la planilla otra vez y me pregunta:

- Quiere continuar o se detiene acá?

- Por favor, déme las marcaciones de los demás.

El hombre habla por la solapa de su chaqueta. Escucha.

- Conecte su auricular, dice.

Lo hago. Me indica que han quedado dos competidores. Escucho sus marcas.

Por primera vez miro el reloj. Dos minutos para terminar, ya no me alcanzarán.

Respondo que me planto. Todos se van hacia otras salas. El técnico me sonríe, le digo sí con la cabeza. Nos quedamos mirando las agujas, el sonido ya no me pesa.

Treinta segundos que voy contando en retroceso. Un campanazo resuena en el establecimiento.

Salto, río, lloro. Agradezco. Miro al cielo. Todo junto.

Vienen los técnicos y las autoridades, me felicitan. Entran los medios de prensa y los espectadores, sacan fotos. Trato de eludirlos sonriendo.

El presidente me entrega un cheque a mi nombre. Mi mano tiembla al tomarlo, lo guardo en el bolsillo interior de mi chaqueta como si fuese la vida misma.

Todos aplauden, yo aplaudo. Nos filman, “va en vivo”, me dicen.

Se disipa la multitud. Me disipo del exterior.

En casa lo siento. Siento el amor de mi hija que ya sabe.

- Hola cabeza de plato de uvas—dice revolviendo mis cabellos.

- Mi amor, mañana mismo nos vamos.

Sí. Y ganaremos de nuevo, afirma sonriendo.

Para mí será otro juego. El más difícil.

Ya empieza a mover sus ruedas de carro, chirriando.

Margot Kliforwie

Encuentro de otoño

Otoño, ¿es ocaso? ¡No!

A los días grises se le van intercalando días de un sol tenue que guarda la calidez del verano y noches que anticipan los fríos invernales. Un rumor de hojas caídas, cual si fueran suspiros que va llevando el viento, duermen en esta estación y despiertan en primavera.

Me interné en el follaje del Parque en un otoño, hace tiempo. Arroqué lejos el miedo. Me revestí de coraje.

Estaba absolutamente sola. El paisaje se hizo cómplice de mis lágrimas, sinsabores, recuerdos...

Los árboles abrieron sus brazos invitándome a adentrarme. El sol se filtró entre las ramas y divisé un Duende que recostado sonreía, se balanceaba, dulcísimo y diminuto, y me miraba.

-No temas, ¿estás perdida?, acércate y conversemos- susurró.

¿Magia, ilusión, fantasía? el caso es que tuvimos una charla amistosa hasta que, tan de repente como había aparecido, se esfumó.

Después seguí caminando.

Caminé por los senderos, pisando hojas de distintos colores: verdes, ocres, amarillas, tornasoladas, mientras el duendecillo me acompañaba en silencio. Solamente se oía el canto de los pájaros y el crujido al pisarlas.

La vida enhebra sueños, pensé, entrelazando recuerdos, que según el estado de ánimo resultan frutos amargos o dulces; como un cuadro que se pinta cada día, en la enorme tela del mundo: el mío, el tuyo.

Aún es tiempo... el peso de la vida me fatiga, pero el ansia de amar y recibir amor, sobrepasa la búsqueda oxidada de recuerdos. Momentos que tocaron el timbre y se fueron, aunque retornen a destiempo sensaciones dormidas.

Prolongué la tarde, me senté a descansar junto a una fuente de aguas cristalinas. Mirándome como en un espejo que fotografiaba el paisaje, noté que estaba allí mi compañero, el Duende, que se acercó y murmurándome al oído, dijo: “El tiempo que te despoja no vuelve, es fugaz, sin retorno. No vivas de nostalgias, vigoriza tus fuerzas. Debes renacer con esperanza. Repartir sonrisas hoy, que tal vez mañana será tarde”.

Las estrellas me salpicaron de plata y de rocío. Un astro fugaz rasgó el cielo y se detuvo en un árbol cercano.

Mi amigo, el duendecillo volvió a desaparecer, huidizo; se fue sin decirme adiós.

Retorné a mi casa, a la vida, a los míos, con el recuerdo y las palabras de este encuentro de otoño en el Parque y con él.

María del Carmen Latorre

Mar de palabras

Navego en un mar de palabras,
esas que se pliegan
y despliegan como un abanico:
la tempestad no la detiene.

Un remolino de letras
me persigue y me desafía;
en cada poema dejo
un pedacito de mi vida.

Todavía me aferro a esas palabras
que no consigo expresar,
las oigo dentro mío,
y me hacen reaccionar.

Soy como las olas del mar
que aún rompiendo contra las rocas
encuentran nuevas fuerzas
para volver a empezar.

María del Carmen Latorre

Palabras

¿Adónde irán las palabras
cuando la realidad dilapida
uno a uno los párrafos de la vida?!

¿Adónde irán las palabras
cuando la agotada argumentación
se queda sin dialéctica?!

¿Adónde irán las palabras
cuando la indiferencia insolente
abra la puerta y no la puedas detener?!

¿Adónde irán las palabras
cuando ya desgastadas por los vientos del tiempo
no se dejan leer?!

¿Adónde irán las palabras
cuando dolorosamente gritas
y nadie escucha?!

¿Adónde irán las palabras
cuando cansado de hablar
cierras la puerta de la esperanza?!

Guillermo Javier Lemme

Cráteres marinos

esculpido por pacientes olas,
arte divino.

Cementerio de piedras

como amores olvidados
pacientes esperan.

Volcanes de agua

en roca madre labrados;
descanso del alma,
paréntesis de tiempo;
se comprende la eternidad.

Guillermo Javier Lemme

Hay tantas cosas por hacer...

Cambia el entorno de la vida tan veloz
como el tropiezo que no deja acomodar.
Es descartable, tan etéreo y tan fugaz,
como la flecha que atraviesa la razón.

La calesita de este circo loco y cruel,
ya no detiene su viaje sin razón.
Dibuja malabares, por el andarivel
y errante busca otra llama de ilusión.

La risa hueca se maquilla frenesí,
tratando de ocultar tanto dolor.
Un carnaval de contramano pinta así,
para tapar este escenario abrumador.

Hay tantas cosas por hacer...

A veces caigo y me vuelvo a levantar
hay tantos sueños e ilusiones por cumplir.
Si la tormenta golpea sin cesar
me aferro al sol que seguro va a venir.

Dejáme como estoy, que así voy bien
no quiero acumular ni aparentar.
En vez de muros altos que no ven
prefiero un cielo abierto para dar.

Al comenzar un nuevo día y comprender,
de luchas simples olvidadas sin pasión.

Hay tantas cosas en la vida por hacer,
con rumbo fijo a lo que dicta el corazón.

Hay tantas cosas por hacer...

Ramón Belén López

Antes que...

Recuerdo los rostros de mis padres
así como los vi
cuando volé hacia ellos,
a su casa,
antes que...

Mi madre postrada
en su cama de enferma,
su cara diminuta y arrugada,
gritando en ella el profundo surco
que le esculpieron la vida
y sus dolores.

Hundidas y grises
las mejillas de mi padre,
congelada su mirada, perdida,
sus ojos ya no podían ver
las fotos de los nietos
que coloqué ante él
en regalo de despedida.

Así en mí quedaron grabados
los rostros de mis padres,
antes del desgarró
del último abrazo,
antes que corrí a tomar el avión
para regresar a casa,
antes que ellos se deslizaran
hacia el fin de sus días.

Tamar Majlin

Retrato de una larga espera

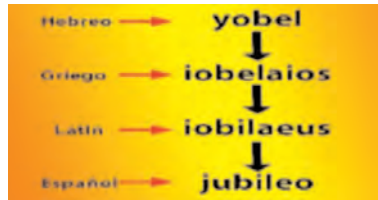
Días largos,
soledad oscura,
noches cerradas
de astros ausentes
y cruel el paso del tiempo,
que me marca la cara,
una sonrisa leve,
se asoma al recordarte.
desborda el corazón,
con ansias viejas.
Lleno dos copas de vino
y brindo...
brindo, por los años que me diste
y entonces soy feliz...
feliz, por esperarte.

Mónica R Maragliano

Reflexiones al celebrar 50 años de graduado en medicina¹

La costumbre de celebrar el quincuagésimo aniversario data de épocas bíblicas. Era un año de liberación:

Se anunciaba con un sonar de trompetas de cuerno de carnero llamadas yobel. De allí el término jubileo:



Para Maimónides, un médico que vivió a fin del siglo XII y principios del XIII, el sonido del yobel debía llamar a la reflexión y a un balance de los actos de cada uno.

Al cumplir 50 años de egresados de la Facultad de Medicina, es esta, realmente una ocasión para examinar nuestros actos y realizar un balance de ese lapso. Corresponde que ese balance se haga a título personal e individualmente por cada uno de nosotros.

Sin embargo, todas nuestras acciones ocurrieron a través de un tiempo que es común a toda nuestra promoción.

En los 50 años transcurridos, se registraron cambios drásticos:

- en el ejercicio de la medicina,
- en las costumbres sociales
- en la economía
- muchos aspectos más.

El modelo médico que se nos enseñó en la Facultad de Medicina esta-

ba basado en una relación médico paciente según el concepto de Laín Entralgo, que lo describe como un encuentro entre dos personas, una de ellas, el enfermo, que necesita ser ayudado a recuperar su salud, el otro, el médico, que está capacitado para brindar esta ayuda.

En la práctica, esa relación médico paciente se tornó en una “relación sanitaria” en la que intervienen burócratas, informática y muchísimas nuevas y sofisticadas tecnologías. Esto llevó a una despersonalización que nada tiene que ver con las enseñanzas recibidas. Aunque quisiéramos mantener una relación médico paciente según el modelo teórico, resulta imposible independizarse de todos los elementos que influyen a esa relación.

En lo económico, social y político, fueron muchas las crisis experimentadas. Pasamos por dictaduras, gobiernos democráticos, convulsiones sociales, devaluaciones, rodrigazo, corralito, confiscación de depósitos bancarios, hiperinflación, etc. Pero a todas estas vicisitudes las pudimos superar.

Durante el Proceso (1976-1983), algunos compañeros o colegas desaparecieron. Hoy los recordamos con dolor y con cariño.

También ocurrió una guerra (1982) en la que perecieron miles de compatriotas.

Debemos reconocer que en nosotros operaron cambios biológicos y anímicos que reflejan nuestro estado actual.

En los bienes materiales, la amortización disminuye su valor, pero en las personas, el paso del tiempo acrecienta las experiencias y el conocimiento y aumenta la paz interior. Quienes aceptamos la realidad física y comprendemos la posición que nos asigna nuestro entorno, llegamos con estos años a una etapa en que las ambiciones son abolidas, los odios olvidados, las envidias clausuradas.

En estos 50 años hemos adquirido una historia, que compartimos con la familia que integramos. Nuestros cónyuges, hijos y nietos hoy nos acompañan y todos ellos merecen nuestro agradecimiento pues fueron y son el acicate de nuestra labor y nos brindaron y brindan la compañía, el reposo y la comprensión en nuestras jornadas, tanto de alegrías como de fatiga y/o decepción.

Uniendo generaciones, diferentes instituciones acompañan nuestra labor y fueron o son objeto de nuestra dedicación: la Facultad de Medicina,

las sociedades científicas, el Colegio de Médicos, la Caja de Jubilaciones y la Asociación Médica con todas sus instituciones hermanadas. Agradecemos y valoramos esa compañía.

La sociedad debe saber que los médicos no vivimos de la enfermedad sino de la salud. Nuestra labor no consiste sólo en confeccionar recetas, operar o manejar máquinas de diagnóstico. En todos nosotros existe una capacidad creativa, artística, literaria, deportiva, etc. que debe aflorar y ser sacada a la luz para compartir con toda la sociedad.

La palabra júbilo parecería pertenecer a la misma familia de palabras que jubileo. No es así. Júbilo no deriva de Yobel sino de Iubilare, que tiene asociación con una raíz indoeuropea: YU que significa grito de alegría.

Nuestra sensación es de júbilo por poder reencontrarnos y festejar nuestro jubileo.

Jorge A. Marcipar

¹ Este texto es la transcripción del audio de un video publicado por el autor en You Tube que se puede encontrar en:
<https://www.youtube.com/watch?v=KZmuT24GQP4&t=173s>

El grito

Si me apuro le saco fácil la cartera, es vieja la vieja. No se va a defendé. La Susana quiere la pilcha y la pilcha la va a tené. Capá que me conveniga má cuando la mina baje del cordón.; en la calle me da más tiempo de rajá. Espero que no grite mucho la vieja. Con el Tito siempre decimo que lo peor es cuando gritan y no se dejan afaná. Por eso pa mí es má fácil en el bondi, a la gente la agarrá desprevenida. Eso sí, tené que sé rápido y silencioso. Con el Tito fuimo a aprendé a lo del Turco, el de la calle B, al lado del kiosco de la Elba. El Turco no enseñó a pararno atrá del punto, cómo meter la mano con disimulo... lo detalle del oficio, que le dicen.

Mi hija me dijo que no tengo que tener miedo, si lo tengo, eso llama a la desgracia. Pero cómo se hace para no sentirlo si ya no te perdonan aunque una sea una vieja. Mi hija tampoco quiere que diga que soy vieja pero los setenta son setenta. Con lo que llevo en la cartera capaz que me alcance hasta cobrar la jubilación. Lo tengo que estirar tres días nomás. Pero qué hacés pibe, no te la voy a dar, ¡auxilio! ¡ayúdenme! ¡mocoso de porquería!, ayyy...

Dame todo vieja, callate, no grité, solté la cartera vieja pelotuda. Espero que ahora no se me corte la cadena de la bici, vieja de mierda, cómo grita.

Creo que con un par de choreo má le compro la pilcha a la Susana, me dijo que quería un vestido que vio en la tiendita de la esquina de su casa. Está buena la guacha, me gusta con la pollera corta roja que le marca el culito. A lo veinte lo casamo, ya le dije. Ese culito va a sé solo mío, va a sé. Pero la Susana quiere que deje la falopa, sino no hay culito, ni casorio, ni nada. No sé, le dije, no sé si voy a podé, me pide el cuerpo, me pide. Ella no entiende. Si no jalo o me doy un saque cómo hago pa aguantá. La dotora del dispensario me habló tanto que aflojé un poco con la falopa y hasta me conseguí un laburito. Pero no duré, yo lo único que sé hacé bien é choreá. Ya está, ahora a pedaleá y no paro hasta que me falte el aire, espero que no se me pinche la goma de la bici, lo único que me falta. Que lo parió, me la complicó la vieja.

Espero que la cartera valga la pena. A veces no rinde.

De pronto un grito retumba en la calle del barrio y atraviesa varios metros hasta que lo alcanza:

¡HIJO DE PUTA!

El pibe lo escucha, entra por sus oídos y se aloja en su cerebro, también en su corazón, como una bala. No frena, sigue pedaleando con más velocidad. Se aleja, pero no del grito. Eso será imposible.

Las tres palabras lo persiguen. Las había escuchado tantas veces. Los chicos del barrio, sus hermanos, su propia madre. Muchos lo habían llamado así muchas veces, pero como esta nunca. Tres palabras con voz de mujer, que sonaron como mil cuchillos que se clavaron con muy buena puntería. Voz furiosa, impotente, desolada al final.

¡HIJO DE PUTA!

Llegó a su casa, tiró la bici en el patio de tierra, entró al baño, se desnudó y trató de que el agua fría le lavara el grito. No pudo. Se acostó y se tapó. No pudo acallararlo. Se repetía infinitamente. No era igual que los otros. A la mañana siguiente iría a la casa del curita ese que les habla tanto de no robar, no matar y amar al prójimo. No pudo dormir. El grito se le había quedado para siempre.

El bicichorro le decían los pibes. Ese día y los que vendrían lo verían pasar callado y solo. No tomaba, no comía, no robaba, no vivía. El grito iba con él. Eran dos.

Ya no importaba la Susana, sus pilchas, su culo soñado, la ronda de falopa. Solo sentía el desgarró de las tres palabras. Pensó en regresar al lugar y devolvérselas a su dueña pero no conocía la boca que las había disparado. Tendría que vivir con ellas. Se había convertido en víctima, el disparo había sido mortal.

El bicichorro era un muerto vivo caminando por el rancherío. La Susana insistió los primeros días. No le pudo sacar palabra por las buenas y tampoco por las malas. Un empujón contra la pared del pasillo, mirame, qué

te hice, mirame pendejo, hay otra piba o el paco te jodió la cabeza, por qué no me habló, qué te hice. Qué te hicieron pensó cuando se alejaba con la cabeza mirando la tierra y las lágrimas se empujaban unas con otras.

Nadie lo salvaría de ese grito que atravesó sus entrañas. Sus voces interiores murmuraban inquietas pero él solo escuchaba la rabia y la ferocidad de las tres palabras que lo enloquecieron para siempre.

Rosi Mendicino

Sin remedio

Desde chica tuve en claro cuáles eran mis responsabilidades. Poco jugué y paseé. En cierto modo fui madre de mi madre, una mujer desaparecida de sí misma.

Mientras ella permanecía gran parte del día en su reposera yo cumplía con una agenda diaria, amplia y agotadora. Ni bien regresaba del colegio preparaba el almuerzo, luego del lavado de vajilla ordenaba cocina y dormitorios, finalmente los mandados, en especial uno.

Nota en mano, cruzando la avenida principal del barrio, en una de las esquinas estaba la farmacia. Ni bien entraba don Francisco estiraba la mano sabiendo de qué se trataba. Buscaba el remedio, lo envolvía, anotaba la venta en la libreta de deudas y con tono de falsa simpatía, preguntaba siempre lo mismo: ¿otra vez la mami con depre?

El mayor interés de mamá estaba puesto en el “saca depre”, como solía nombrarlo mi padre. Lo tomaba y una hora después era otra persona. Se ponía el delantal floreado y aun estando la casa en condiciones, tomaba los enseres lustrando sobre lo limpio. La casa se inundaba de aromas irritantes a cera y desodorantes, por detrás, como telón de fondo, el tema favorito de mamá “Contigo aprendí...”. Manzanero la remontaba a su romántica adolescencia, boleros bailados bajo luces coloridas en el club del barrio, atenta a la mirada de su madre. Cantaba con cierta pasión como si estuviese frente a un numeroso público ensimismado en la interpretación de su voz.

La mágica pastilla transformaba sus ojos en enormes ventanas celestes abiertas hacia a un paisaje nunca visto, una varita mágica pintando su vida de un color especial, la nota adecuada vibrando en el punto justo del pentagrama.

Diría que los medicamentos eran sus joyas más preciadas. Los guardaba en un primoroso estuche de tono marfil, un alhajero regalo de sus tías maternas. Era cosa de abrir el primer cajón del ropero y encontrar la cajita feliz de mi madre. El saca depre en primer lugar.

Estábamos acostumbrados a escucharla escarbando en la caja como un gato en su comedero, buscando la pastilla adecuada para el malestar del

momento. Según las tías todo se debía al mal comportamiento de mi padre; aventurero, egoísta y vagoneta.

Nunca supe si mi madre recurría al saca depre por las huidas de papá o si él se ausentaba por los estados depresivos de ella.

Siempre pensé que el día que mi madre cayera, no se levantaría más, aun con sus pastillas a mano. Sucedió un domingo a mediodía al quebrarse la cadera y a pesar de la buena mejoría no pudo abandonar la cama.

Tal vez fueron los días más felices de su vida, su alivio, libre de pastillas, tristezas y responsabilidades.

En el pequeño horno de ladrillos del patio quemamos la cajita feliz. Crujían las cajas, se retorcían los blísteres, gruñían a la par del fuego. Las pastillas desprendían chispas; rosas destinadas a la ansiedad, rojas antimigrañas, verdes para espasmos, blancas calmadoras de dolores artrósicos. El fuego consumía la vida de mi madre.

Posteriormente vaciamos el ropero de la ropa de mamá, la colocamos en bolsas con destino al Ejército de Salvación. En el último cajón, olvidada, una caja de antidepresivo sin ninguna pastilla pero con una foto, se trataba de un hombre rubio peinado con jopo, mirada mansa y sonrisa leal. Detrás, sin dedicatoria ni fecha constaba un nombre “Néstor”.

Mi cabeza bullía de dudas y sentimientos desencontrados. ¿Quién había sido Néstor? ¿Dónde y cuándo se conocieron? ¿Por qué no Néstor y sí mi padre, un hombre desamorado y gruñón que nunca puso sus ojos en ella, salvo para pedirle una camisa planchada?

Dentro del cuadro familiar mi madre era el misterio. La imagen de Néstor había llegado para responder lo que de ella nunca entendí; tristeza constante, lejanía, necesidad de tragar pastillas.

El hallazgo me permitió transformar el enojo en empatía, derramar el llanto que la muerte no logró, pudiendo quererla mejor, sabiéndola deseante y deseada, que no siempre fue vacío, blanco inacabado, penumbra, supeditada a una caja de pastillas, que ver la luz del otro lado de la luna fue posible.

Graciela Mitre

Juventud

Quizás en alguna calle
la perdí.
En una esquina, detrás del árbol,
sobre un tejado.

La extraño.
Deseo encontrarla
antes del crepúsculo.

La recuerdo descontrolada, inasible,
de paso firme y ligero.
Pensé que no escaparía...
¡seríamos siempre una!

.....

... me detuve a observar la vida
y mi juventud, obstinada,
no me esperó.

Gladis Nardi

El deseo

Cuando Juana llegó a la casa no sospechó quién vivía allí.

La agencia de colocaciones la había enviado para una entrevista con la escritora interesada en emplearla.

Una señora de mediana edad, como ella, la recibió amablemente y le explicó cuáles serían sus tareas. Entre otros quehaceres domésticos, debía mantener la biblioteca (estancia amplia, luminosa, con pisos de pinotea crujientes y mucho olor a lianina), perfectamente ordenada y sin polvo. Cada libro tenía su espacio asignado en distintos estantes y así los debía mantener.

Ella, una mujer de pueblo, con tan sólo estudios primarios, tenía delante de sí la oportunidad de instruirse en sus ratos libres. Había libros de una gran variedad, de distintos autores, famosos y desconocidos, todos al alcance de sus manos. En una vitrina, observó muchos de una misma autora, su favorita, de seudónimo Malena, la muy reconocida escritora en el mundo de la literatura romántica. Descubrió también una caja grande, de un tono blanco sepia. Cuando la curiosidad venció la prudencia de no revisar pertenencias ajenas, la abrió. Un hermoso vestido de gasa negro, con lunares blancos, de largo chanel y mangas al codo, dormía bajo un sombrero con un tocadito al tono. Lo vió y se imaginó dentro de él.

Un deseo recurrente se instaló en ella desde entonces: ser escritora, ser famosa, ser Malena. De todos modos nadie conocía a la verdadera, ni siquiera ella misma.

Por esos días su patrona, la escritora de cuentos infantiles María Leda Nantes estaba de viaje en Mendoza, llegó una invitación para la presentación del libro de un escritor chileno de visita en el país.

Al fin cumpliría su deseo.

Con esa invitación, podría participar del encuentro, conversar con distintos literatos y sentirse importante.

Sin pensarlo demasiado, se preparó para el evento.

Al llegar el día esperado vistió el misterioso atuendo guardado en la caja. Con el compendio de conocimientos adquirido a través del tiempo dentro de la biblioteca, llegó al salón, feliz y segura como una escritora más. Saludó, compartió y disfrutó de todos los presentes que la integraban a sus conversaciones.

Al fin su deseo se había cumplido.

Estaba merendando en el ágape ofrecido a los concurrentes luego de la disertación del autor cuando notó que éste se aproximaba a ella, tímido. Luego de saludarla, mirándola a los ojos le dijo: - Al fin la conozco Malena. Ella, creyó que el piso se abriría a sus pies.

Se sintió ahogada en un río rojo de vergüenzas y solo pudo decir: -Perdón, usted está confundido.

Él, muy seguro, confesó:- Soy admirador suyo desde que leí su primer libro, donde se la ve con ese mismo vestido y el tocado ocultando tu rostro, en la solapa del poemario Fantasías de Amor. La busqué en cada evento, en cada país y desde hace ocho años escribo por y para usted, aunque no supiera de mi existencia... ¡y al fin aquí la encuentro!

¡Que poco había durado el sueño! Su deseo de ser reconocida como escritora se había hecho realidad pero... ¡fugaz fue su fama y su paso por aquel salón!

Airosa, escapó de la incómoda situación dándole datos y teléfonos falsos a su admirador para huir lo más rápido posible.

Entonces, comprendió el motivo de la ropa escondida con tanto recelo, único dato que identificaría a Malena, su patrona.

Al llegar a la casa guardó con mucho cuidado el vestido en la caja junto con las dulces palabras de aquel enamorado y el secreto apenas descubierto. Cerró la vitrina con llave, y volvió a vestir su traje de mucama.

La realidad había superado su deseo.

Gladis Nardi

Te recuerdo, somos efímeros, la vida misma lo es

Nada agradable es vivir todos los días, con el pensamiento que vas a morir, pero es, créanme, un buen ejercicio para que la sociedad actual, incluyéndonos, tomemos verdadera consciencia de lo que hacemos con cada una de las horas que tenemos el lujo de transitar en esta vida.

Hoy escribo para invitarlos a pensar, a recorrer cada uno de sus días y sinceramente responderse si VIVEN o SOBREVIVEN.

Solo quien ve a la muerte de cerca, se libera del ego, de las cosas materiales y de los prejuicios, solo quien se enfrenta con un acotado tiempo de vida se replantea cómo fue con los demás, pide perdón, piensa más en uno mismo, se propone cambiar lo que no le agrada y planea qué hacer para disfrutar lo que queda.

Cuando uno ve ese accionar, y estoy segura que muchos de los que estamos en la medicina lo hemos palpado de cerca, aprende que el momento de hacer todos los cuestionamientos y vivir plenos es ahora, cuando la salud es lo máspreciado que tenemos y cuando el cuerpo y la mente nos permiten hacer de cada día una increíble experiencia.

Deberían contarnos desde pequeños que vivir no es solo respirar, que un ser vivo no es solo aquel que nace, crece, se reproduce y muere, se han olvidado de contarnos que en el transitar existen EMOCIONES, que van modificando todo nuestro ser y que aprender a controlarlas se torna algo indispensable para mantenernos de pie, deberían hablarnos de la diferencia entre vivir y sobrevivir, enseñarnos que las elecciones nos pueden llevar hacia cualquier extremo en cuestión de segundos sin darnos cuenta.

Son muchos los que SOBREVIVEN, no pasa por inteligencia, ni por estatus social, ni por educación ni por religión o razas, sobrevivir es respirar por inercia, inconscientemente, es ir por la vida como con vendas en los ojos, siguiendo los patrones que nos impone la sociedad entera; si eres parte de los que SOBREVIVEN y tienes el valor de reconocerlo, si te identificas con esas personas que están corriendo todos los días, tomando medicinas de turno para

sentirse "bien", probando la moda que imponen las grandes marcas, cuestionando la política y renegando de las decisiones que nunca vamos a poder controlar, si eres parte de aquellos que critican el sistema y no hacen nada para cambiarlo, si eres de aquellos que comen de forma no saludable y luego quieren dietas mágicas, si eres de los que no hacen deporte por falta de tiempo, de los que acceden a los excesos buscando un escape de la rutina o víctima de la moda, del stress... aquellos atrapados en amores no correspondidos, en relaciones tóxicas... sin la capacidad de elegir lo que te hace bien.

Si eres parte de la masa que no expresa lo que siente, que no dice te quiero y abraza poco... si guardas rencores y no sueltas... si eres uno más de los SOBREVIVIENTES... te invito a VIVIR.

Te invito a pensar por una semana, que somos seres finitos, que no importa la edad que tengas, que el momento de disfrutar la existencia y proponerte cambios, es HOY, y no como una frase hecha... realmente es HOY. Piensa que no hay mañana. No hay después. ES AHORA.

Te invito a valorar lo que tienes y a luchar por tus sueños, te invito a creer en ti y a saber que TODO es posible, aunque creas que no, aunque te digan que no. Cuando tu cuerpo y tu mente están bien, todo se puede lograr. VALORA LA EXISTENCIA. VIVE.

No esperes a sorprenderte, no esperes a que pase algo para...

NO ESPERES ALGO EXTRAORDINARIO, ES EFÍMERO TODO. Y
ES

Melina V. Negro

Cambiá de gallo

Ángel era el nombre del ginecólogo. Dr. Ángel le decían sus pacientes más cercanos. Hacía esterilidad, subespecialidad que hoy se conoce por su antónimo, fertilidad. En la sala de espera había mujeres para su control anual, semestral o por alguna patología y también parejas deseosas de tener descendencia. Si un matrimonio había intentado un embarazo por medio año o más sin éxito, generalmente consultaba a un ginecólogo. Ese médico debía lograr una cálida relación con ambos miembros de la pareja ya que se formulaban preguntas muy íntimas como frecuencia de las relaciones sexuales, posición, y otros detalles que, sobre todo a los hombres, les era especialmente incómodo responder.

Una de las parejas que ese día esperaba su turno estaba constituida por un hombre corpulento, con mucho vello y cabelllo rubicundos, ojos claros y aspecto más bien rústico. Era un chacarero de la zona que como tantos otros pacientes se dirigían a la ciudad para ir a ver a sus médicos. Su esposa era una atractiva mujer joven de pechos latinos y glúteos cumbieros, que sonreía y reía mucho.

Ella había venido anteriormente sola diciendo que estaba queriendo quedar embarazada y que no podía; había confesado en esa ocasión que había tenido dos embarazos inoportunos que había hecho interrumpir (esas fueron sus palabras) y que sospechaba que era su marido el que no podía tener hijos, pero que no sabía cómo decírselo para no ofenderlo o hacerlo enojar. Como correspondía, se le realizaron los estudios necesarios a ella, para confirmar posteriormente que estaba en perfectas condiciones de ser fecundada.

El ginecólogo cita entonces a ambos y con mucho tacto le explica al varón que debía someterse a unos sencillos estudios bioquímicos que incluirían un espermograma. El paciente accede; se lo veía muy enamorado de su mujer y con muchas ganas de tener un niño para enseñarle las tareas de campo y dejarle la chacra como herencia, decía.

El resultado del espermograma fue enviado directamente al médico que lo había indicado y en la fecha acordada vuelve ella sola a la visita a retirar los estudios de su marido; recibe en ese momento la noticia de que él jamás podría darle un hijo. Las opciones por ese entonces eran un hijo biológico o la adopción y así fueron planteadas por el profesional. Pero su marido nunca querría adoptar y tampoco nunca se repondría del diagnóstico de infertilidad, aseguraba ella, de modo que las posibilidades empezaban a estrecharse.

El Dr. Ángel, mi abuelo, le hace a Rosa un chiste, para levantarle el ánimo, para cambiar el lúgubre tono que había tomado la conversación; usando figuras y palabras del ámbito rural le dice: “Vas a tener que cambiar de gallo”. La cara de ella mutó, terminó pronto la visita y partió con un saludo afectuoso como siempre, pero sin pedir una nueva cita.

Como toda mujer inteligente, aunque no cultivada en este caso, sabía exactamente las fechas que deben ser evitadas o aprovechadas para quedar o no embarazada. Tenía períodos regulares, era sana y quería formar una familia a toda costa con ese hombre que la amaba.

Por un tiempo no se supo nada más de ellos y se conjeturó que habrían solicitado una segunda opinión a otro colega o que habrían desistido de la idea del embarazo. Pero no. Cuatro meses después llega la pareja al consultorio, ella más voluminosa. Entran contentos a conversar con su médico y le dan la noticia de que estaban esperando un bebé. Mi abuelo los felicita, muestra alegría y luego invita a Rosa a pasar a la otra habitación, separada por pared y puerta, donde tenía la camilla y la lámpara para examinarla. Cuando estaba la paciente acostada, mi abuelo se acerca delicadamente a ella para hablarle en susurros y le pregunta: —¿Cómo hiciste? Y ella con su espléndida sonrisa contesta: —Hice lo que Ud me dijo, Dr. Ángel, cambié de gallo.

El secreto profesional fue resguardado. El Gregorio, como lo llamaba ella, nunca se enteró de que su mujer en un pueblo de treinta manzanas logró dar con la persona adecuada, en cuanto a aspecto físico me refiero, en la fecha correcta y todo sin ser vista ni delatada.

Todos los años, para la fecha de cumpleaños del niño mi abuelo y nosotros, toda su familia, éramos invitados a la chacra para el festejo. Mi abuelo había atendido el parto y había sido elegido padrino del chico. Era considerado como un dios allí, pues había logrado milagrosamente traer ese niño al mundo.

Cuando he contado alguna vez esta historia a mis alumnos, la relato más livianamente, para distender un poco el clima de la clase y digo algo así: “Rosa se charló a un flaco en el día justo de su ovulación, y para que coincidieran las fechas de primera falta de menstruación y de probable parto, se lo charló al Gregorio esa misma noche”. Los chicos se ríen a carcajadas y me dicen: “se los charló y algo más, profe”. La clase vuelve luego a su normalidad y seguimos con la fisiología del aparato reproductor femenino.

María Antonieta Pardal

Enigma

Caminos que se cruzan y nos llevan a la nada,
misterios del destino, que quizá se harán saber.

Oscuridad del alma, luz del pensamiento,
tormentos del pasado, que surgirán tal vez.

Quién dice que la bruma se disipa con la brisa?
Quién piensa en lo que hace y si lo hace por sentir.

Sentir es pura excusa, buscar en las tinieblas,
todo lo acaecido que se ocultó tal vez.

Quien sabe su camino, que de tanto buscarlo,
casi sin darnos cuenta revela su final.

Quien conoce su historia, que aunque sin saberlo,
se manifiesta siempre, porque solo está atrás.

Quizá lo ignoremos, es probable no verlo,
aunque ello no quita que exista en realidad.

El fuego solo es fuego si se alimenta siempre.
En sí solo se apaga, al abandonarlo ya.

Volar si se podría, usando el pensamiento,
llevándonos tan lejos donde quisiéramos estar.

Busquemos el sentido de lo que siempre amamos
busquemos sin cansancio y lo lograremos ya.

Es verdad que lo valioso no brille como puede,
quizá sea el recurso para ocultarse más.

Espero que el ocaso no trunque ese deseo,
sentimiento profundo por el que luché sin paz.

Ricardo Luis Peralta

Aferrate a tus sueños

Aferrate a tus sueños hermano mío,
como el náufrago que se aferra a la balsa que lo mantiene vivo...

Aferrate a tus sueños,
aunque corras el riesgo de perderte en el camino...

Aferrate a tus sueños,
aunque parezcan un delirio y que por ello te condenen al olvido...

Aferrate a tus sueños,
tan intensamente que contagies tus locuras a los cuerdos cuyas vidas no tienen sentido,
muchos de los cuales te aportarán por no entender a un soñador que en sueños busca su destino...

Marcos J. Pereyra

Río marrón

Me detengo a mirar el agua,
amarronada, centelleante,
que suavemente se mece
bajo las ramas de los sauces.

Un vocerío se oye distante,
y me descubro alejándome,
como si mirando el río
hubiera emprendido un viaje
más allá del tiempo y el espacio.

Mónica Preiti

Tiempo de balcón

No sé jacarandá
si sabes que te miro
cuando celeste o lila
llueves sobre el camino.

No sé jacarandá
si sabes que respiro
el aire de mi infancia
al verte florecido,
que rememoro un tiempo
de balcón, y que espío
en tus ramas mis sueños
de niñez sin destino.

No sé jacarandá
si sabes que yo vivo,
un poco del recuerdo,
un mucho del olvido.

Mónica Preiti

Camino a la razón

El largo corredor irradia al final una luz.
Luz de la esperanza.
Pasó en ese lugar cuatro largos meses y consumió infinitas gotas, pizcas y hebras de drogas, que se la suministraban sin que él dijera sí o no.
Así fue aclarando sus recuerdos.
Hoy se va. Nadie viene a buscarlo.
Afuera lo espera un coche con un desconocido.
Adentro queda su tiempo.
Atrás el pabellón que lo albergaba.
Adelante la salida.
Va al encuentro de un futuro con sol, dejando en el pasado los claros oscuros del pensamiento.
Ya no tiene más aquellos ojos con sangre que veía en las personas.
Sangre en los pájaros del parque.
Sangre en las flores del cantero.
Aclaró sus recuerdos.
Todo tiene un nombre: Isabel
Sanó su cuerpo.
Encontró la razón perdida.

Edelma Luján Raimundi

Abandono

*“El cielo es alto, la tierra ancha.
Amarga entre ellas vuela mi pena.” LI PO*

Dejé los zapatos en la arena mojada
Mi cuerpo tendido en el mar.
Sin brillo ni luces
Buscando la paz y llenarme de magia
Una esquina de agua mojó mis cabellos,
Manos callosas palparon mi piel.
Está muerta, dijeron.
No vieron mi alma desecha
prendida en los huesos
Me dejaron muy sola, y sin tiempo

Se llevaron recuerdos.
Las olas espumosas de aros azules
Golpearon mi cara,
y mis ojos se abrieron.

Edelma Luján Raimundi

"Cosme, el Jorobado"

El pueblo, un pueblo..., domingo. Los domingos en los pueblos también el sol descansa y se entretiene. Se pasea por las calles iluminando todo; solamente se detiene ante un puentecito de zanja; este día, como los demás días de la semana sigue teniéndole aversión a la humedad de la sombra; no obstante, de a ratos, culebreando, se cuele por entre las rendijas de las tablas; un poco más allá se complace en romper y desparramar en sombras el terrón de una huella.

En el almacén, el grupo de todos los pueblos "asienta un potrillo", juega a los naipes o filosofa acertadamente sobre las carreras de lonja de la tarde. Ya todos conocen el rumor del día, pero nadie lo hace tema de conversación. Tienen miedo de parecer ridículos. A esta altura del siglo, ¿a quién se le ocurre hablar del lobizón? ¿O será que tienen otro tipo de miedo? Ese temor, esa congoja que se siente cuando el niño que va para hombre quiere apurar el paso y blasfema por primera vez contra Dios.

-Linda luna anoche, ¿no?

-Luna llena...

Casi sin darse cuenta el tema del cielo trae el tema "lobizón".

-Mis muchachos creían que iba a llover. Al principio la noche pintaba fea. El baile, ¿sabe?

-Desde que mi finado abuelo iba a los bailes, en este lugar no llovió nunca una noche de luna llena.

-Ja! a muchos se les debe haber estropeado la acompañada de vuelta.

El tema está allí, al borde de la conversación no más; falta sólo quien lo invite a entrar.

-Y hablando de luna llena, ¿qué me dicen del asunto?

-¿Qué asunto?, doña Tránsito vive todavía en otra época.

También en los pueblos hay quienes evolucionan... aparentemente.

-¿Usted no cree?

-Y... se habla tanto!

-Ya va para treinta años que el ternero negro apareció en el pueblo.

-Ajá...

-Bah, en mis pagos, en Entre Ríos, también andaba uno; cuando el comisario le calzó el lazo lo único que agarró fue el cuero del ternero. ¡Si habremos comido pollos gracias al "lobizón"!

-Esto es distinto.

- Además...

- Entre nosotros... era mi cuñado.

Contra los foráneos, todos defienden la mentada característica del lugar.

En el almacén el tema se va generalizando; en algunos grupos se discute, en otros se comenta; aquí, desde luego, con voz más respetuosa.

-Dicen que es Don Cosme.

- ¿El jorobado? si parece tan buen hombre.

-Es bueno... al parecer, quién sabe.

-Dicen que antes de venir a parar aquí, trabajaba de pocero en el norte. Yo pienso que el espiar la profundidad de los pozos todos los días y hacerse ternero en luna llena es lo que lo ha torcido...

-¿Antes no se lo veía?

-¡Qué hade...! Y cuando se conchabó en vialidad, a medida que el camino se alejaba, el lobizón salía menos; era como si también él se alejara.

Don Cosme... Alguna vez, apenas llegado del norte, se le escapó en el boliche que tenía nueve hermanos.

-Yo soy el séptimo, el único que queda de los Barrera.

Después de eso, y como temiendo que lo recordaran, no volvió a la rueda.

Hombre religioso, en extremo casi, si para la devoción hay límites. A veces parecía crear dioses para que le perdonaran su incredulidad. Cuántas mañanas, en la iglesia vacía, el cura párroco lo había visto sollozar, convertido en "zeta" delante de algún altar.

Temprano no más, Doña Tránsito había caído al pueblo con la noticia.

-Lo contó en misa de siete...

-Yo todavía no oía nada completo...

-Dice que ella y la sobrina, Rosa, ya estaban acostadas cuando en una de éstas sintieron que "venteaban" la puerta del rancho. Pensaron que era su perro, el Purapulga, que había quedado afuera. Apenas abrió el ternero negro se le ganó adentro...

-No habrán "Jesuseado" tampoco, ¿eh?

-La vieja es corajuda. Dice que cuando chica, a la edad en que las muchachitas de la ciudad ven pasar soldados, ella veía desfilar malones.

-Bueno, y después, don?

-Después? Primero los gritos, y cuando se dio cuenta que todavía tenía la tranca en la mano, empezó a espantarlo. Parece que uno de los trancazos lo agarró fiero en una pata. De eso enderezó para la puerta y se perdió entre los espinillos.

-Y... habrá sido...?

-¡Vaya el diablo a saber...!

-Doña Tránsito vive todavía en otra época. Pero, se habla tanto...

El campanario señalaba para el pueblo el comienzo de la misa de once.

El sol, en tanto, seguía su paseo dominguero. Ayudó a preparar la pista de carreras, jugó con los chicos en la plaza, y, más lejos, dio contra el suelo su dibujo en sombras: una figura que, como buscando algo en la tierra, ren-gueaba en dirección a las campanas.

Edgardo V. Reyt

Claros y oscuros de un amor.

El anochecer desató su furia agravando el dolor de la pasión ante la ausencia del amante inseguro, primerizo, imposibilitado de elegir entre los claros y oscuros del amor.

La noche lloró hasta secar sus ojos, y arrojó sus cristales a un vacío decepcionante, su voz fue un grito en forma arrasadora y después de tanta agitación y dolor se durmió en su propia negrura.

Compañero, no sé por qué le cuento esta situación, hoy el sol tenue se despereza en un firmamento límpido e ignorante de los rezagos de la noche anterior, la brisa todavía asustada intenta desperezar a la aves de sus nidos.

Aromas dulces se entremezclan con los bálsamos que dejan los amantes en sábanas empapadas de pasiones, los colores estallan brillantes como las gotas de amor abandonadas en otros cuerpos.

Y en este momento, aquí parada, desde lo más profundo de la existencia, desde la misma génesis de la libertad, no sé si me aterra más ella, o saber que el ingenio que la presiona, la limita, la cincela con el punzón de la razón escamoteando su vuelo, y yo acá en este segundo tan libre como lo eterno y tan prisionera como la razón.

Aquí estoy, tan cerca y tan lejos de usted atrapando en el recuerdo su sonrisa adolescente que lo ilumina, aquí está la que un día bautizó “su chispi-ta” hoy solo carbonilla del alma mi compañero, no sabe lo que necesito oír su voz, su palabra, ver la piedad de su mirada ante mi bronca, por la imposibilidad de mi propio entendimiento.

Tan lejos y tan cerca, ni siquiera me atrevo a estar parada frente a su ventana como lo hiciera usted frente a la mía, ¿recuerda? Era una noche fría y llovía, un mensaje aparecía en el celular, estoy aquí, abrí la ventana y la lluvia que no había dejado de lado el deseo de recorrer su cuerpo ponía su imagen como la de un niño que después de una travesura solo busca un gesto de ternura.

Me pregunto si no hubiera sido mejor aquel mediodía haberme negado a su beso, haberme sentido impenetrable ante su dolor y su total soledad.

Pero la vida hace con nosotros como el viento con las hojas, juega, nos

hace volar y nos detiene a veces tan distantes de donde pertenecemos y nos encontramos tan lejos y tan cerca del amor.

Usted y yo sabemos compañero que la vida nos inundó de dolor y el paraíso nos cerró sus puertas. No sé por qué le escribo, si por la furia de no poder decidir, o decir...

Aquí estoy, inmóvil donde tantas veces estuvimos, tan cerca de su ventana y tan lejos del amor. No tema compañero, siempre estaré con usted mi temor hoy no importa.

Soy la oscuridad y la furia desatada de anoche ¿O la claridad de esta mañana? No sé quién soy.

Tal vez nunca lea esto, tal vez nunca se lo diga, tal vez crucemos nuestras miradas y ya no nos reconozcamos, quizás la escena muestre su revés y sea yo quien lo espere cada viernes entre las once y las doce sentada en la planta baja de un Tribunal esperando su llegada.

Compañero, se me ha hecho tarde para todo y los relojes no regresan el tiempo que persigue vidas y almas.

Usted me conoce, sí, estoy asustada pero como sabrá será un momento nada más.

María Graciela Rizzuto

Claustrofobia

Los volados de encaje chantilly del cuello habían quedado muy prolijos. La señora de la limpieza los lavó bien antes de la ceremonia para que quedaran más blancos, los almidonó y los planchó. El cuello quedó durito y esponjoso a la vez, dando la sensación de muñeca de estantería.

La seda del vestido era muy fina, labrada con arabescos apenas perceptibles y traída de Alemania unos años antes. Es decir, ese vestido no se había confeccionado para la ocasión sino que formaba parte de una serie de trajes que la señora se había hecho hacer por una modista para proveer a su guardarropas del vestuario que pudiera hacerle falta cuando surgiera cualquier acontecimiento imprevisto; o sea que no había sido usado jamás. El fondo ocre, con esas líneas en bordeaux le sentarían absolutamente finísimos para su silueta. Aunque creyeran que no se iba a notar, ese tipo de minucias, las mejores familias las tenían en cuenta.

Las uñas largas, bien manicuradas, estaban pintadas de un rojo coral muy prolijo, al estilo de lo que era: una señora de alta sociedad.

Y el cabello, tan bien arreglado, con esas trenzas rubias a los costados, sujetas con invisibles al tono, le daban a la cabeza un aspecto de reina anglosajona impasible y de algún modo difícil de igualar.

Mucha gente la iría a ver y ella debía estar espléndida, haciendo honores a su alcurnia y a su linaje, de manera que el maquillaje del rostro era un detalle que tampoco había sido soslayado. Era suave, al tono para la ocasión, con tonalidades rosáceas en las mejillas y una sombra celeste índigo que continuaba la línea pastel del rubor.

La boca color carmín claro había sido elegida a tono con las uñas.

Y el ramo que llevaría en las manos, junto al rosario de cristal de roca, era exquisitamente delicado y armado de pequeñas rositas rococó blancas, con algunas ramitas de gysophilas.

Las dos florerías a las que ella siempre les había encargado trabajos se disputaban el honor de acompañarla en esa ocasión.

Zapatos?... era un dato por el cual no necesitaba preocuparse.

El banquete, a su vez, había sido dispuesto para la ocasión: consistiría

en carnes frías, con varias salsas para acompañar, es decir: peceto, lechón, jamón crudo y salmón ahumado cortado como fiambre y acompañado por bandejas de pan en rodajas para que cada invitado se armara su sándwich.

Las variedades de este último oscilaban entre el salvado, el integral y los panes saborizados con jamón y cebolla y, por último, el pan blanco coronado por semillas de sésamo.

Las salsas serían livianas: una a base de crema de leche y jengibre, la otra de hongos con queso blanco y una tercera, de mostaza y puerros, un poco más picante que las anteriores.

De postre: masas finas, entre las que se contaban profiteroles de crema pastelera bañados con charlotte, arrolladitos de pionono con dulce de leche y merengues con crema chantilly batida al punto de espuma.

La bebida era sobria: vino blanco, seco para los grandes, jugo de naranja para los pequeños, té y café para el final.

El café era de sabor tradicional.

Con respecto al té, en cambio, había grandes variedades, desconocidas para algunos. El té de rosas, de gusto delicado y mechado con pétalos disecados, era una rareza de la casa que algunos concurrentes habían probado en algunas visitas anteriores.

El té de Ceylan, de sabor más fuerte, era reservado para unos pocos que no gustaban de consumir cafeína pero necesitaban sentir picor en la lengua.

Las servilletas, con las iniciales de la señora y unas delicadas y pequeñas rositas amarillas harían juego con el mantel y el detalle de los souvenirs que se repartirían a la salida. Este exhibía la leyenda, acorde a toda la formalidad que circundaba al acto: “Gracias por su presencia”.

Los centros de mesa exhibían unos arreglos con orquídeas de color violeta, las preferidas de la señora.

La música estaría a cargo de un quinteto de vientos compuesto por fagot, flauta, oboe, clarinete, trompeta y arpa, una intrusa, tal vez; el cual ejecutaría melodías suaves y acordes al ágape, de Juan Sebastián Bach y quizá, si alguien se lo pidiera, alguna composición de Rimski-Korsakov, al gusto de la homenajead.

No habría discursos porque no habían sido dispuestos según el uso del lugar; en esas latitudes, no se acostumbraba. Pero se había previsto, hacia el

final, la lectura de un poema de E. E. Cummings, el preferido de la señora, que tenía imágenes muy bonitas sobre las hierbas, las raíces y las relaciones familiares.

Cada pormenor había sido tenido en cuenta, menos la particularidad de un pequeño trastorno que la señora padecía desde pequeña: era claustrofóbica. Y en el caso de que sucediera lo imprevisto, el volado esponjoso se arrugaría, el peinado tan correcto, terminaría marchito como el ramo de flores que la acompañaba y sus uñas, tratarían de sobrellevar la desesperación y la falta de aire, dejando marcados surcos en sus bellas y delicadas facciones.

Es decir, había una posibilidad, mínima pero existente de que el ataque al corazón se extinguiera y diera paso a un nuevo hábito de vida.

Posibilidad remota que ninguno de los presentes y de los que habían ayudado en los preparativos habían siquiera tenido en cuenta, dentro de sus cabezas, el momento crucial: el cierre del cajón y la desesperación de los familiares porque no la iban a ver más... la posibilidad de un ataque de catalepsia... Y luego, cuando se despertara, la claustrofobia, dando paso a la desesperación de ella misma por no poder salir de allí.

Cintia Samperi

Relato corto

Se trataba de un señor tan avaro... que no quería formar una familia porque decía que le convenía más económicamente vivir solo.

Un domingo a la tarde, él estaba sentado en el parque, mirando el paisaje verde del césped y los árboles cuando vio pasar a una familia compuesta por padre, madre y dos hijos. Se preguntó si podía ser él, ese padre de familia. Pero fiel a su promesa de no hacer gastos permanentes, y como tenía mucho dinero, se dijo que alquilaría una familia para hacerle de padre por un par de horas a fin de no sentirse tan abrumado por la soledad.

Comenzó a caminar acercándose a las familias que veía desperdigadas por el parque, preguntándoles si querían alquilarse un par de horas para hacer de SU familia.

La gente, al principio lo miraba con gesto de asombro, el cual, después de un par de horas en que él estuvo deambulando y preguntando lo mismo a muchas personas, se transformó en recelo y, por último, en miedo.

Creían que el hombre no estaba en sus cabales y por un momento, a un padre de familia, un verdadero padre de familia, pensando en la protección de sus hijos y del resto de los concurrentes al parque, llamó a una ambulancia del psiquiátrico porque creyó que a este desconocido se le podía desatar un ataque de furia y terminaría dañando a alguien.

Los enfermeros llegaron enseguida y él no se resistió a que lo llevaran envuelto en una prenda que le inmovilizaba los brazos.

Estaba tranquilo y, con el tiempo se dio cuenta de que en el nuevo lugar donde comenzó a vivir, había encontrado a una verdadera familia.

Y no tenía que pagar nada por eso.

Cintia L. Samperi

Encuentro callejero II

Camino por las calles pisoteando
las hojas crepitantes del otoño.
Sin rumbo fijo en realidad,
solo observando
la vida que hormiguea
en las veredas:

Una mujer mirando desconfiada,
alguna fruta que pondera el verdulero;
dos muchachas me pasan con un trote
elástico y veloz como un suspiro
y en un anciano que avanza tembloroso,
con un bastón y un cuerpo que se niega,
termino viendo un espejo que anticipa.

La plaza me recibe perfumada,
y me invita con un banco solitario.
Me distiendo acariciado por la brisa
de esta tarde otoñal que languidece.
Un perro blanquinegro se ha sentado
frente a mí y, concentrado, me contempla.
Lo miro y nos miramos largamente;
me recuerda un viejo afiche ya olvidado
de una antigua vitrola erreceavíctor
con un desmesurado pabellón que parecía
una flor acampanada, y a su lado,
un perro que escuchaba atentamente.

Era simpática esa imagen,
lo es también la de éste, que me mira
como esperando que yo le diga algo.

Por fin, me levanté para el regreso.
El perro, confianzudo, hizo lo mismo
y me siguió, tenaz, por cada cuadra.

Cada tanto yo amagaba ahuyentarlo,
se detenía y me miraba algo intrigado
como intentando saber de mi fastidio.
Llegué a la puerta de mi casa, me detuve,
me di vuelta y allí estaba interrogante
como diciendo: ¿qué hacemos compañero?

Dudé un instante y al fin le abrí la puerta,
entró veloz y alborozado me hizo fiestas.
Ahora con el paso de los años,
nos seguimos entendiendo sin palabras.
(quien nunca ha convivido con un perro
seguramente no sabe de qué hablo).

La vida es azarosa y nos depara,
cada tanto algún suceso inesperado.
Solo hace falta, a fin de cuentas,
que confluyan: una tarde de otoño, una plaza,
dos solitarios que vagan errabundos,
y se encuentran sin saber que se buscaban.

Roberto Sánchez

A puntillas...

Expectante el alma
Temeroso el cuerpo
Acunan las mareas los sueños de peces que quieren volar
Cobijan los cielos los deseos de aves que añoran el mar
Y yo añoro
A roce
A mordedura
A metal
A espuma
A boca
Yo añoro y espero
A tiempo, sin tiempo
A destiempo
Palpitante, lacerante, avasallante, inquisidora
Sólo espero el guiño, el ritmo que cambia, la luz que se cuele
Para que los cuerpos se batallen, se vengán, se ganen, se curen, se fundan
Nazcan
En un grito feroz que despierte al Universo y vuelven a cobrar sentido
Los días y las noches
Tu respiración y mis gemidos...

Cecilia Sarobe

La cuidadora

*“Cada cosa en su lugar y un lugar para nada.
Como un árbol desparrama el exacto número de hojas, y la semana
tiene siete días justos, quién lo discute”*

J Cortázar

El veredón interminable acompañaba a las rejas negras.

Alguno parado, otro en cuclillas, uno sentado en el suelo, me sentí mal, me esperaban a mí. No escuché el despertador, que rigurosamente pongo todas las noches a las siete, el auto no me arrancaba, encima estaba lloviznando. Ni los miré. “Disculpen la tardanza enseguida los atiendo”.

Los otros dejaban la oficina un desastre, las sillas una para cada lado no en sus lugares, los papeles desordenados las carpetas abiertas, no lo soportaba, mal día. Ordené todo lo que pude, me asomé a la puerta “pasen de a uno, en el orden que llegaron”. Entró un hombre de aspecto desprolijo, le dí una ficha “sabes escribir” levantó los hombros, “a ver dame tus datos y hace aquí un garabato”.

“Decile que pase al que sigue, el que estaba detrás tuyo”. Entró. Le di la ficha “escribí tus datos no te salgas de las líneas”. Entraron otros tres. Me costaba que logran hacer la ficha por lo menos en forma aceptable. Entró el último, lo miré justo cuando se sacaba la gorra y se le desparramó el cabello rubio sobre los hombros. Era una mujer. Raro una mujer para este trabajo. Pregunté “vos venís por el puesto de trabajo” “Sí”. Le di la ficha, mientras la llenaba minuciosamente yo pude leer se llamaba Mariana. Yo acomodaba las fichas una detrás de la otra, siguiendo el orden de entrada. “Te avisamos”... Se levantó, al salir acomodó las sillas del costado, con el pie enderezó la alfombra de la puerta. Pensé. Puse la regla, tracé la línea verde, al costado escribí “llamar”.

A la semana por obligación y curiosidad fui a ver cómo andaba Mariana en su trabajo. Mientras recorría con la mirada me satisfacía la quietud esa sensación de que todo estaba como debía ser que nadie se andaba

cambiando de lugar.

Mariana barría las veredas, dejaba las puertas y herrajes brillantes. Me preguntó si quería que me limpiara y ordenara mi oficina, "limpiar si ordenar no, yo lo hago". Al día siguiente mi lugar de trabajo parecía otro, a veces no encontraba lo que buscaba tenía que llamarla preguntar. "Está donde tiene que estar...". Con el tiempo entendí que Mariana había transformado el lugar donde todo estaba correcta y exactamente donde debía estar.

Mariana entró sin golpear, no tenía puesta la gorra que la mimetizaba un tanto con los otros cuidadores, la cara enrojecida, recién me dí cuenta que tenía ojos verdes, con las manos abiertas reclamando "Señor hay un error el que llegó ayer no está donde le corresponde, en el medio queda un nicho vacío".

María Alcira Velázquez

Pura ficción

El médico preguntó muy serio:

-¿Come con mucha sal?

Yo veía venir la admonición resultante de haber tenido 15 y 10 en la medición de la presión arterial. Y un poco intuitivamente había preparado una respuesta,

-Mire, doctor, tanto mi señora como yo tratamos de cuidarnos en las comidas. Ella es una cocinera criteriosa y nunca abusa de la sal (eso, además de la dieta equilibrada con verduras y frutas). Pero quiero ampliar mi currículum gastronómico. En mi casa paterna, nunca vi el salero en la mesa. Mi madre jamás preguntó qué queríamos comer. Y la comida estaba siempre a punto y era eso o eso.

De allí que yo no soy un comensal “asqueante”. No le hago asco a nada. Eso sí, le digo:

1. Si me invitan a una picada, no me voy a rehusar.
2. Si voy a un restaurant y pido un entrecot, jamás lo voy a pedir sin sal.
3. Si hago un asado, me dejo cortar las manos antes que dejar de usar la “parrillera”.
4. Si hay membrillo y queso de postre, ni loco pretendo que el queso sea sin sal.
5. Si tomo una cerveza con amigos, los maníes de práctica no los voy a pedir sin sal.

En definitiva, no soy un paciente fácil. Respeto mis principios. Si puedo agregar un par de años a mi vida y ellos van a ser desabridos, no los quiero.

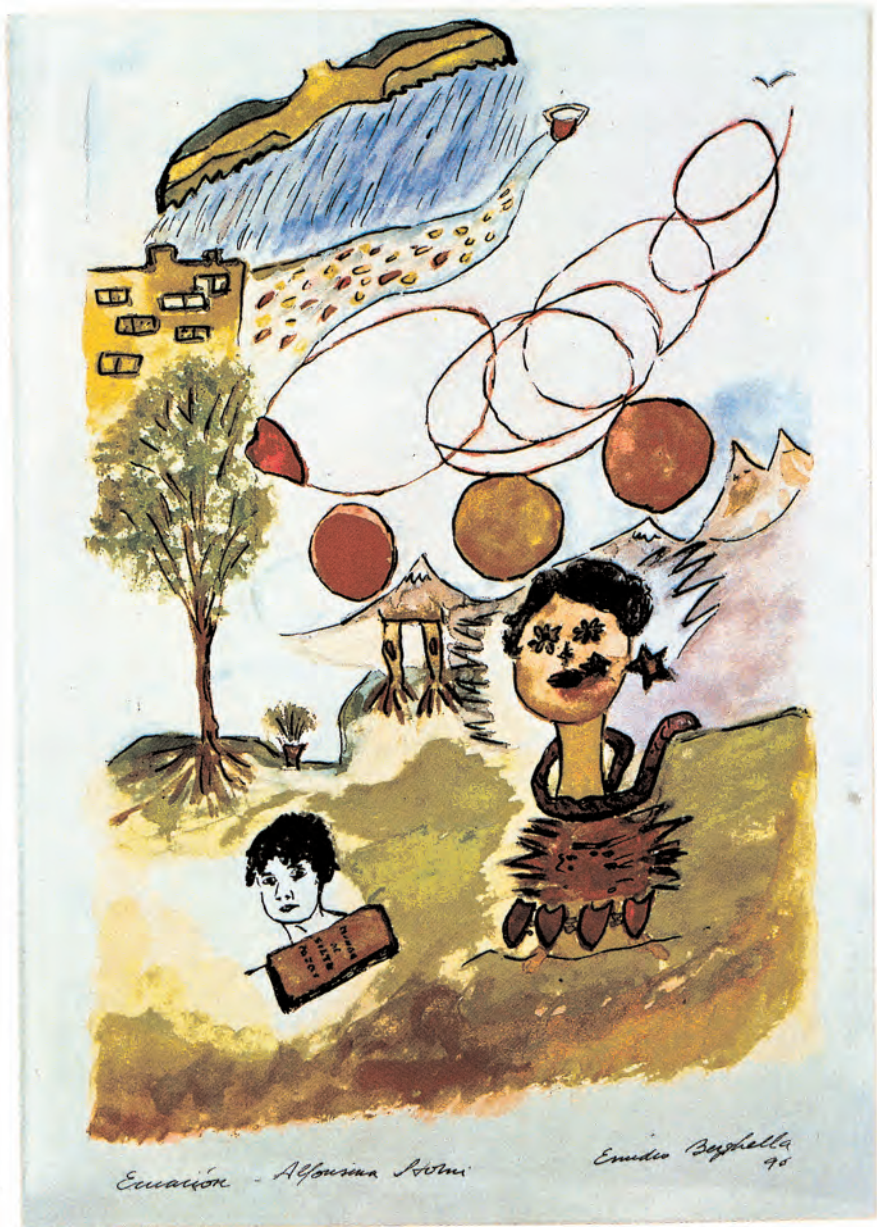
El médico asintió en silencio. Como todavía tenía puesto el tensiómetro, volvió a tomarme la presión.

Me miró extrañado.

-¿Cuánto tengo? –le pregunté.

-13 y 8! –dijo con asombro.

Enzo Ventura



Ecuación - Alejandra Sotom

Emilio Bagarella 95